

# ***Medios, institucionalidad y ciudadanía: claves para fortalecer la gobernabilidad en El Salvador<sup>1</sup>***

Me parece oportuno comenzar con la siguiente pregunta: ¿por qué hablar de la gobernabilidad y los medios de comunicación masiva? ¿Qué tipo de vínculo existe entre ambos? Sin duda, la respuesta no nos resulta del todo desconocida, pero para no caer en especulaciones o ligerezas, debemos partir de una conceptualización esencial. Primero, y como ya se ha mencionado, entiendo por gobernabilidad al *estado de equilibrio dinámico entre demandas sociales y capacidad de respuesta gubernamental*. Además, entiendo por demanda social a aquello que va más allá de la búsqueda, el requerimiento o la solicitud expresa del ciudadano al Estado para resolver sus necesidades ciudadanas, en todos los niveles, los cuales pueden ser verificados a través de múltiples mecanismos de control.

Cuando hablo de demandas sociales en todos los niveles me refiero no solo a las demandas materiales, sino también a aquellas que incluyen la dimensión intangible, que no pueden ni deben valorarse desde el parámetro técnico-administrativo. Este, según René Mayorga (1992), es uno de los errores que cometen algunos autores cuando hablan sobre el tema de la gobernabilidad: “poner énfasis en el aspecto de la eficiencia gubernamental y reducir el problema a dimensiones técnico-administrativas de la capacidad

de la gestión estatal”. Es decir, en algunos casos, la gobernabilidad puede cuantificarse y enunciarse en forma de logros y metas, pero no puede seguirse el mismo proceso al hablar de representatividad, participación y gestión del ciudadano para solventar sus propias necesidades, con la colaboración del Estado, incluso aquella de ser escuchado.

Es justamente ésa la competencia de los medios: posibilitar la apertura de espacios para que el ciudadano pueda ejercer de forma plena la libertad de expresión. En los medios es donde el ciudadano puede materializar un parte importante de sus demandas intangibles. En ese sentido, cobra relevancia el cuestionamiento del principio acerca de la relación entre medios y gobernabilidad. Hay que decir que existe una relación casi natural entre ambos, mas no una implicación igualmente natural. Esto porque los medios deben verse como *mediadores* y como *mediaciones*, que pueden contribuir o no a un estado de gobernabilidad en el país. Sin embargo, su sola existencia no garantiza un aporte en términos de representatividad, como tampoco su autoproclamación como nuevas plazas para el debate público los transforma, automáticamente, en escenarios o en espacios de deliberación para todos, para negociar y consolidar la práctica política de los ciudadanos.

---

1. Ponencia presentada en el 9º Foro “Segundo Montes”, titulado: “La desafiante (in)gobernabilidad en El Salvador 2004-2009”, en el auditorio del ICAS de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”.

Ciertamente, uno de los grandes méritos de los *media* es su presencia expansiva en la vida cotidiana de las personas. De hecho, esta presencia no tiene comparación y es lo que los ha dotado de ciertas facultades, pero no los hace ni todopoderosos ni omnipresentes ni los convierte en un "cuarto poder" con capacidades casi sobrenaturales, para incidir, inducir y transformar a su antojo la mente de las personas. Esta es una postura apocalíptica, que ya ha sido bastante cuestionada y, porque no decirlo, superada.

Es mejor pensar que el poder de los medios de comunicación radica, fundamentalmente, en dos aspectos: en su cobertura del acontecer diario y en su presencia extensiva en la vida cotidiana. Pero sería erróneo afirmar que los medios manipulan las conciencias de las personas, porque con ello nos condenamos más a nosotros como ciudadanos que a ellos como instituciones. Digo que nos condenamos, porque, en la práctica, reconoceríamos nuestra incapacidad para razonar los mensajes que emiten, como si fuéramos simples receptores pasivos, imposibilitados para transformar a las instituciones que nos rodean. Al respecto, Jesús Martín-Barbero afirma:

Yo parto de la idea de que los medios de comunicación no son un puro fenómeno comercial, no son un puro fenómeno de manipulación ideológica, son un fenómeno cultural a través del cual la gente, mucha gente, cada vez más gente, vive la constitución del sentido de su vida. (Martín-Barbero, 1995, p. 183.)

Por tanto, los medios son ante todo un fenómeno cultural. Como *mediadores*, tienen la facultad de mostrar realidades, de ubicarse en un punto que permite poner en contacto a los públicos con una gran cantidad de realidades mediadas. Como *mediaciones* —"entendidas como ese 'lugar' desde el que es posible percibir y comprender la interacción entre el espacio de la producción y el de la recepción" (Martín-Barbero, 1987)—, repito, como mediaciones, los medios participan en un proceso por el cual los individuos incorporan lo social a su subjetividad, donde se expresan las "concordancias" entre lo subjetivo y las estructuras objetivas, que mantienen un equilibrio relativo en la interacción social. Este proceso da como resultado lo que el sociólogo francés Pierre Bourdieu ha dado en llamar *habitus*.

Precisamente, en su función de mediadores, pierden su calidad de objetivos y neutrales, puesto

que la acción de moderar, en sí misma, ya implica la puesta en juego de una serie de mediaciones culturales que modifican el concepto de objetividad. Los medios de comunicación en El Salvador deben verse como espacios para mostrar realidades, pero no pueden ni deben considerarse absolutos ni totalmente objetivos, ya que también ocultan y vuelven invisibles realidades. Es desde la perspectiva de su papel de mediadores que actúan como filtros, voces y escenarios del debate político de ciertos grupos sociales.

Quiero enfatizar el hecho de que este debate político se consolida y se construye a través de la creación de un entramado heterogéneo de agentes, fuerzas y discursos políticos. De manera que, al hablar de la relación entre medios y gobernabilidad, estamos hablando de formas de construir el discurso político, de posicionarlo y, por tanto, de las formas de otorgar credibilidad y legitimidad a ciertas posturas políticas. Es ahí donde debe cuestionarse el papel de los medios en El Salvador, desde su función de constructores y destructores de realidades. Es ahí donde fallan en su función de dar cuenta del estado de desequilibrio o equilibrio entre demandas sociales y capacidad de respuesta gubernamental. Basta con conocer la naturaleza empresarial del medio para saber qué tipo de realidades construye y qué tipo de realidades destruye. No se puede ocultar la clara relación que tienen los medios con la empresa privada, dado que son empresas de las comunicaciones. Si a eso agregamos los estrechos vínculos entre empresa privada y gobiernos de turno, durante los últimos quince años, tendremos un panorama muy excluyente y peligroso, en términos de gobernabilidad.

En el tipo de tratamiento informativo que hacen los medios de comunicación de los temas políticos se observa un rasgo estructural que, por otro lado, no es novedoso. En general, se han caracterizado por dar muestras claras de continuidad respecto a ciertas acciones y maniobras políticas de agentes, fuerzas y discursos específicos. Con este tipo de acciones, los medios contribuyen al mantenimiento de un estado de cosas, donde el beneficio principal se lo lleva el medio como tal, el sector social al que representa y la posición ideológica a la que se adscribe. Sin embargo, hay que recordar que existen ciertos espacios en los cuales el debate político y social se produce con relativa libertad, pero sin dejar de ser espacios marginales de lo que la gran empresa mediática dictamina en El Salva-

dor. Como resultado de este proceso, los medios abandonan su función de permanecer atentos ante cualquier desequilibrio sobre el tema de la gobernabilidad.

Si echamos una mirada retrospectiva a la cobertura de los medios de las últimas elecciones, constatamos que al empobrecimiento discursivo de las propuestas políticas se sumó el empobrecimiento de las propuestas deliberativas de los medios. Las tensiones estructurales entre las necesidades ciudadanas que no se materializan en demandas, a través de los medios, debe verse también como una amenaza no solo para la democracia como forma de gobierno, sino también para la gobernabilidad, que posibilita la transición de un estado de democracia formal a una democracia real. Una forma de gobierno democrático no implica, en sí misma, la existencia de condiciones para la gobernabilidad.

Al hablar de tensiones estructurales, me refiero a la tendencia de los medios a volver invisibles los movimientos sociales, las situaciones, los grupos, los problemas, etc. Eso refleja un *déficit de gobernabilidad*, ya que no solo muestran con parcialidad, sino que, por una parte, ocultan ciertos hechos y, por otra, sobredimensionan otros, cuya relevancia puede ser muy cuestionada. En la medida en que los medios promueven esta exclusión, también evitan u obstaculizan la consolidación de un estado óptimo de gobernabilidad.

Los medios dan a conocer diferentes discursos políticos, con lo cual los dejan ingresar en el escenario del debate público y posibilitan además el reconocimiento de una oferta política; el problema surge ahí, en el lugar que los medios le otorgan al acontecer político y en el tratamiento que le dan en su agenda. Más que demostrar la existencia de apuestas novedosas e integrales, en términos de oferta informativa, tratamiento editorial o adjudicación de espacios de propaganda, los medios apuestan a ser una extensión de las campañas electorales y de los intereses de determinados sectores políticos, con lo cual renuncian a su papel como actores atentos al acontecer político y a su valoración crítica. Al hablar del tradicional vínculo que une a los medios con la propaganda de ciertos sectores políticos, me refiero a la empresa mediática como tal, y no al fenó-

meno de los medios en general. Eso refleja, en esos casos, alianzas perversas y poco comprometidas con un ejercicio pleno de la información y la formación ciudadana, que privilegie la deliberación pública.

En el marco de lo dicho hasta acá, es que se presentan dos grandes desafíos para la sociedad salvadoreña. El primero hace referencia a la necesidad de corregir y perfeccionar la institucionalidad democrática, de la cual los medios forman parte. Como ya mencioné, los medios presentan desajustes estructurales, que subyacen a dicha institucionalidad. La errada percepción de que ésta era un campo exclusivo de las instituciones políticas y gubernamentales, anuló la posibilidad de regular la institucionalidad de los medios. Fue un error que durante la transición democrática se excluyera del debate político la necesidad de definir qué tipo de institucionalidad debían adoptar los medios de comunicación, a fin de contribuir a la consolidación de la democracia. Esto provocó que cada empresa mediática asumiera a su antojo el rol que desempeñaría durante esa transición. Ahora, es urgente iniciar ese debate.

El segundo desafío tiene una estrecha relación con el primero y consiste en superar la fase de la condena sin propuestas, para pasar a la etapa de las acciones y los compromisos. Ya no se trata de dar por sentada nuestra condición de ciudadanos indefensos; esta es una actitud denigrante, ya que no somos seres sin conciencia. De nuevo, Martín-Barbero nos hace un llamado a notar que "lo que



se produce en [los medios] no responde únicamente a requerimientos del sistema industrial y a estrategias comerciales, sino también a exigencias que vienen de la trama cultural y los modos de ver” (Martín-Barbero, 1987). Esta trama cultural de la que habla Martín-Barbero hace referencia a la articulación de redes de sentido, construidas y reproducidas por los sujetos, perpetuadas o renovadas, a través de la gestión cotidiana de sus vidas. Por tanto, debemos desplazar nuestro centro de atención y preocuparnos ya no de lo que los medios hacen con las personas, sino de lo que ellas son capaces de hacer o demandar de los medios. En este sentido, también es un error pensar que los encargados de gestionar y los depositarios exclusivos de la libertad de expresión son los medios, ya que los ciudadanos tenemos el deber y la obligación de garantizar que nuestras expresiones y demandas —en el sentido amplio— sean escuchadas a través de ellos.

Desde la perspectiva que aportan estos dos desafíos se desprende la invitación, no solo a conciencizarnos de nuestro rol de ciudadanos comprometidos con la gobernabilidad, una competencia y una responsabilidad de todos, sino también a tomar decisiones y a realizar acciones encauzadas a transformar a los medios en instituciones igualmente com-

prometidas con dicha gobernabilidad, sobre la base de una representatividad menos excluyente. La necesidad de fortalecer la gobernabilidad es transversal, lo afecta todo y nos concierne a todos. En suma, en nuestro país, el equilibrio dinámico entre demandas ciudadanas y respuesta del gobierno debe instituirse con solidez, a partir de una de las demandas sociales más apremiantes: corregir y perfeccionar a los medios como instituciones que representan a los ciudadanos.

LORENA UMAÑA R.

Catedrática del Departamento de Letras,  
Comunicación y Periodismo de la UCA

### Referencias bibliográficas

- Mayorga, R. (coord.) (1992). *Democracia y gobernabilidad*. América Latina. Centro Boliviano de Estudios Multidisciplinarios (CEBEM), Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales – ILDIS, Bolivia.
- Martín Barbero, Jesús (1987). *De los medios a las mediaciones*. Barcelona.
- Martín-Barbero, J. (1995). “Secularización, desencanto y reencantamiento massmediático”. Pre-Textos. Conversaciones sobre las comunicaciones y sus contextos. Cali, Universidad del Valle.